



¿Toca perdonar a Judas?

por J. Nelson Kraybill

La mañana que Jesús fue condenado a morir, Judas se quitó la vida en el Campo de Sangre. Su muerte me entristece, por cuanto el suicidio siempre deja una herida devastadora en la familia y entre las amistades. Un final tan violento de Judas es trágico, porque es posible que su decisión de entregar a Jesús a las autoridades se basara en buenas intenciones. Este discípulo fue un personaje imperfecto —hasta un ladrón (Juan 12,6)— pero nuestro Señor lo habría perdonado.

No hace mucho madrugué antes del amanecer para darme un paseo a solas desde la Puerta de Jaffa hasta el Valle de Hinom donde, según la tradición, murió Judas. El Valle de Hinom bordea la Vieja Jerusalén por el oeste y el sur, y en estas profundidades algunas personas de Israel en la antigüedad practicaban sacrificios humanos (2 Cr 28,1-3). En la época de Jesús el valle fue un vertedero municipal y un cementerio para desahuciados, conocido como Gehenna.

Una luz de tintes naranja rojizos se esforzaba por alumbrar entre la niebla matinal mientras descendía al Gehenna. Hoy este valle es una zona de conflicto en la batalla campal entre la población palestina y los colonos judíos. Entré con algo de aprensión, la mente turbada tanto por los peligros



El beso de Judas. Pintura al fresco, Giotto, hacia 1306.

del presente, como por el tormento que tiene que haber sufrido Judas en este lugar.

Judas recibió treinta monedas de plata por conducir a las autoridades donde Jesús, pero el dinero no puede haber sido su motivación. Parece ser que Judas y Jesús se querían uno al otro: Jesús hizo de Judas uno de sus Doce hombres de confianza. Judas acompañó a Jesús a lo largo de sus años de ministerio; y en el Getsemaní saludó a su Señor con un beso —que tal vez fuera una señal no fingida de afecto real.

Mejor indicación de esa relación será sin duda el hecho de que cuando Judas «vio que Jesús había sido condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los sumo sacerdotes y ancianos». Dijo «He pecado, traicionando sangre inocente». Entonces, arrojando la plata en el templo, salió y se ahorcó (Mt 27,3-5). Resulta evidente que Judas no pretendía que Jesús muriera y no tenía ningún interés en ese dinero. ¿Acaso pretendía Judas forzar un enfrentamiento apocalíptico final entre Jesús y las autoridades de

Jerusalén —una batalla escatológica donde Judas no tenía ninguna duda que Jesús saldría victorioso?

Otros judíos del siglo I (notablemente, los esenios que se retiraron al desierto en Qumrán) albergaban esa clase de expectativa de una batalla cósmica inminente entre los poderes de la luz y las fuerzas de la oscuridad. En el Monte de los Olivos, justo antes de la ascensión de Jesús, los once discípulos le preguntaron: «Señor, ¿ha llegado la hora cuando restaurarás el reino a Israel?» (Hch 1,6). Tal vez, como Judas, ellos también tenían unas ganas enormes de impulsar su propia concepción del reinado de Dios.

Ese es un peligro espiritual en el que podemos caer con cierta facilidad los seguidores de Jesús hoy día, si intentamos manipular en qué dirección debería moverse la iglesia, o emplear un poder bruto de manipulación. Ese tipo de manipulación es muy evidente en algunas teologías occidentales que celebran con regocijo el conflicto en el Oriente Medio, por su creencia de que si consiguiéramos adelantar el Armagedón,

¹ J. Nelson Kraybill es pastor de una iglesia menonita en Indiana (EEUU) y presidente del Congreso Mundial Menonita. Traducido y reproducido por D.B. con permiso, de su blog (peace-pilgrim.com), entrada de 25/2/2016.

También en este número:

| | |
|--------------------------------|---|
| Entre Sem. Santa y Pentecostés | 2 |
| Bara' — crear | 4 |
| Compartir y milagros | 5 |
| Noticias de nuestras iglesias | 7 |
| Diccionario: muerte | 8 |

habremos acelerado el regreso de Cristo.

En lugar de sumarnos a la extensa letanía de condenación contra Judas, tal vez debiéramos lamentar su motivación equivocada. Quizá debamos reconocer algo de Judas en nuestros propios corazones: la seducción de la codicia y de control, que nos aparta del camino de la cruz, nos aparta de

un amor que sufre con paciencia, nos aparta de confiar que Cristo mismo será quien guiará y edificará su iglesia.

Es bueno y justo que la iglesia recuerde con compasión las personas que se arrebatan la vida en suicidio, para apoyar con ternura a quienes los lloran. El caso es que hay individuos que viven con tal extremo de dolor, o

actúan con una determinación tan decidida, que no hay amor humano capaz de salvarles la vida. Entonces no queda otra que encomendarlos a la misericordia de un Creador amante, para acompañar a la familia y los amigos en el duro camino que tienen por delante, de intentar vivir con esperanza tras el desenlace de una tragedia.

Entre Semana Santa y Pentecostés

Dionisio Byler

Cuarenta días —según Lucas en el libro de Hechos— se quedó Jesús entre sus discípulos después de resucitar. Después ascendió al cielo y los dejó con la promesa del Espíritu Santo, que tardó otros diez días en ser derramado sobre ellos. A todas luces una etapa de transición, un íterin, un tiempo aparentemente perdido, entre una cosa importante y otra. Jesús ha resucitado pero ya ni aparece en público ni hace milagros ni sorprende con enseñanzas nuevas —y al final hasta se va.

En cuanto al Espíritu, paradójicamente, en su primer reencuentro con los discípulos Jesús ha soplado sobre ellos y les ha dicho: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,22) —pero sus últimas palabras de despedida indican que falta todavía un derramamiento adicional que los transforme en testigos por todo el mundo (Hch 1,8). Así que en esto también están en transición: el Espíritu ya está, pero todavía falta el evento singular de Pentecostés.

Esta etapa —entre Semana Santa y Pentecostés— es típica del transcurso de la mayoría de nuestras vidas. Hay momentos señalados, auténticos hitos en el transcurso de la vida, ya sea la vida personal o la vida de entidades como el estado o la iglesia o cualquier organización. Pero son infrecuentes. Normalmente nos encontramos entre una cosa significativa y otra. Esto es verdad en la vida personal y es verdad en la vida institucional. Como la gran mayoría de nuestra existencia transcurre en este lugar, entre una cosa excepcional y la siguiente, sería enga-

La elección de Matías como uno de los Doce. Iglesia de St Mor and St Deiniol, Llanfor, Gwynedd, Gales.



ñoso calificarlo de poco importante. Si la gran mayoría de nuestra vida transcurre entre un hito y otro, va a resultar que esa es la situación más importante.

El libro de Apocalipsis es otro buen ejemplo de ello. Las siete iglesias destinatarias del Apocalipsis no parecen estar en un momento especialmente señalado. Ya han recibido el anuncio del evangelio. Jesús ha muerto y resucitado y ascendido al cielo, pero la Jerusalén celestial todavía no ha descendido para instalarse en la tierra. El tiempo en que viven no parece ser especialmente de crisis ni de persecución aguda ni de grandes decisiones. Pero es decisivo. «Al que venciere» en este período intermedio,

el Señor promete grandes recompensas. ¿Y qué viene a ser «vencer»? Es sencillamente mantenerse fieles y constantes en fe, vida y conducta, conforme al ejemplo de Cristo y la esperanza en su regreso.

¿Qué hicieron los seguidores de Jesús entre Semana Santa y Pentecostés?

Mientras Jesús permaneció con ellos, parece ser que se dedicaron a repasar sus enseñanzas sobre la naturaleza del reinado de Dios (Hch 1,3). No parece que el contenido de estas enseñanzas fuera ahora algo nuevo o diferente —de lo contrario es difícil entender que esa presunta doctrina nueva no constara aquí, a

manera de unos cuantos capítulos iniciales de Hechos. Como se ha podido despachar esto con una sola frase, «hablando de lo del reinado de Dios», hay que suponer que estaban repasando la lección.

Esto puede ser que sea más importante que lo que parece. Hay dos pistas al respecto: En primer lugar, la conducta y las actitudes de los discípulos cuando el arresto de Jesús tal vez evidenciaran que aunque habían oído bien la teoría, en la práctica, en el momento de crisis y prueba, la enseñanza sobre la naturaleza del reinado de Dios se les atragantó. (Jesús dijo a Pilato: «Si mi reino fuera de este mundo, mis discípulos habrían peleado para que yo no fuera apresado»; pero ellos se habían armado, y Pedro desenvainó y empezó a pelear hasta que el Señor le reprendió.) En segundo lugar, la pregunta «inocente» que le hacen («Señor, si ahora vas a restablecer la independencia de Israel», Hch 1,6), parecería indicar que no es solamente la práctica, sino la propia esencia y teoría del reinado de Dios lo que necesitaban consolidar.

Tal vez guardara especial relación con esto el énfasis que hacen los evangelios y el libro de Hechos, en los pocos renglones que dedican a las palabras de Jesús después de resucitado, al tema del Espíritu Santo. Jesús ya había reñido a algunos de sus discípulos, cuando quisieron invocar fuego del cielo para castigar a una población donde no quisieron recibir a Jesús, de no saber «de qué espíritu sois». El espíritu de Cristo es lo absolutamente contrario a cualquier impulso de pelear, matar, castigar por la fuerza y con violencia. Uno puede tener la cabeza llena de «sana doctrina» y el corazón lleno de fe en Dios para hacer milagros y prodigios, pero faltarle todavía lo más esencial: el espíritu de Cristo, que no es otro que el Espíritu Santo, que es lo que llevó a Cristo a entregar su propia vida en lugar de tomar la vida ajena. Es el Espíritu Santo lo que nos torna parecidos a Cristo, hermanos suyos e hijos de Dios, con actitudes y conductas y amor al prójimo como lo que movía a Jesús.

Sin tener estas cosas claras, un derramamiento de poder sobrenatural en Pentecostés no habría podido tener

nunca el efecto de transformar a estos discípulos de verdad en testigos *de Jesús* hasta lo último de la tierra. Podría haberlos transformado en gurús poderosos, en magos milagrosos y profetas de misterios ocultos. Pero no en testigos veraces de Jesús, cuyo testimonio llevara a la gente a comprender en su fuero íntimo la nueva realidad que ha descendido a la humanidad en la persona de este humilde rabino de Galilea desechado por los líderes judíos y crucificado por el Imperio Romano. Poder de lo alto, pero sin una comprensión cabal de la naturaleza del reinado de Dios, lo único que habría producido era una nueva secta peligrosa, engañosa y perjudicial para la humanidad.

En estos tiempos de intermedio, entonces, el tiempo «perdido» entre una cosa sobresaliente y la siguiente —como entre Semana Santa y Pentecostés—, nada mejor que dedicarse a repasar con Jesús todo lo tocante al reinado de Dios. Qué es, cómo se produce (voluntariamente en el corazón humano y no por imposición), cuál su forma de operar. El reinado de Dios en Cristo, con todo su radicalismo, toda su novedad revolucionaria, que lo trastoca todo, lo pone todo patas arriba. El reinado de Dios, donde la humildad es valorada y el orgullo y la altivez son pecado. El reinado de Dios, donde la riqueza corrompe y los bienes se reparten. Donde el perdón es virtud y la «pureza» queda en evidencia como intolerancia. Donde es preferible la amistad de las prostitutas y los colaboracionistas con el imperio, que cenar en casa de los maestros de la ley divina.

Todo esto es fácil que entre por un oído y salga por el otro. Como los discípulos con Jesús resucitado durante cuarenta días, en este tiempo entre medias de los grandes hitos, bien haremos si nos dedicamos a repasar e interiorizar los principios del reinado de Dios. Esos principios, consolidados en la mente y el corazón, harán que el derramamiento del Espíritu en nuestras vidas nos haga auténticos testigos de Jesús. Harán que nuestro testimonio —aunque con poder sobrenatural— no falsifique las cosas.

Otra cosa que hicieron entre Semana Santa y Pentecostés fue organizar-

se, reforzar sus estructuras, ordenar un relevo necesario en las autoridades del movimiento. Faltaba un apóstol para completar el número con la vacante dejada por el suicidio de Judas, y escogieron a Matías.

Hay quien opina que se apresuraron; que el propio Espíritu Santo tenía escogido a Pablo para esa función. Pero a mí me parece que una cosa no está reñida con la otra. El Espíritu puede, naturalmente, improvisar cosas nuevas, levantar apóstoles en lugares inesperados. Pero entre tanto es perfectamente legítimo y correcto organizarnos como movimiento de Jesús, de maneras razonables.

La elección de Matías se hizo con oración y atentos a la soberanía y guía del Señor. Ojalá todas las responsabilidades en la iglesia nos cayeran del cielo como don sobrenatural. La realidad es que Dios no ha escogido hacer así las cosas. Las más de las veces vamos a tener que escoger nuestros líderes por medios más «humanos» —si bien siempre en espíritu de oración y atentos a la guía del Señor, como en este caso. Esto no es menos «espiritual» que la aparición de Pablo en escena. Y en los períodos de intermedio, «entre Semana Santa y Pentecostés», el relevo en las autoridades siempre tenderá a ser muy poco dramático.

Y por último, pero con el principio de que lo último no es necesariamente lo menos importante, me llama la atención poderosamente la cuestión de la oración; esos ciento veinte discípulos del Señor que se reunieron regular y habitualmente a lo largo de esos cincuenta días, para orar. Los tiempos intermedios, «entre Semana Santa y Pentecostés», tienen que ser tiempos de oración. Tiempos dedicados a clamar al Señor con nuestras peticiones, alabar al Señor con cánticos, alabanzas y acción de gracias, bendecir su Nombre, interceder por terceros... Oración. Sin esos hábitos de oración, cabe imaginar que en lugar de cincuenta días el derramamiento del Espíritu podría haber tardado mucho más... o no haber llegado nunca.

Bara' — crear

Antonio González

«En el principio creó Dios...» Lo primero que la Escritura dice sobre Dios es que «creó». De hecho, el verbo «crear» (*bara'*) aparece, como es habitual en hebreo, antes que el sujeto «Dios» (*'Elohim*). Y es que el verbo es la base de la oración en la lengua hebrea, a diferencia de lo que sucede para nosotros. En las lenguas indoeuropeas, como el castellano, el sujeto es la base de la oración. Esto es justamente lo que significa «sujeto»: el «sustrato» o el «soporte» de la oración. En las lenguas semíticas, como el hebreo, la base de la oración es el verbo. Lo que nosotros llamamos «sujeto» sería, en hebreo, el primero de los complementos. Primero se menciona la acción, y después se menciona quién la realiza, dónde la realiza, para quién la realiza, etc., etc.

Cuando la Escritura dice «en el principio creó Dios», el crear está determinado por Dios, y no al revés. Esto, en nuestro modo de pensar, parecería casi una especie de insulto a la divinidad. ¿Es la actividad más importante que quién la realiza? En realidad, lo que sucede es que *solamente Dios* realiza tal actividad en la Escritura. El verbo «crear» (*bara'*), en su forma básica (*qal*), solamente tiene, en los textos bíblicos, a Dios como sujeto. Solamente Dios crea. Todo lo demás, lo que hacen los seres humanos, o lo que hacen las demás criaturas, no es propiamente «crear».

Para eso se usan otros verbos, como «hacer», «producir», etc. Solamente Dios puede hacer tal cosa. Y es que el crear pertenece a la esencia misma de quien es Dios. Dicho en otros términos, Dios es «el Creador». Crear no es algo ajeno a su realidad, una actividad entre otras infinitas que podría realizar. Crear es la naturaleza misma de Dios.

Sin embargo, Dios no está forzado a crear. El crear es un acto libre del Creador. Dios no tiene la necesidad ni la obligación de crear. En realidad, si Dios tuviera que crear a la fuerza, por alguna suerte de necesidad interna, esa actividad no sería propiamente «crear». La idea de crear, en la Escritura, se refiere precisamente al surgir de algo nuevo, algo inesperado, algo que no estaba predeterminado por las circunstancias anteriores. Aquello que surge cuando Dios crea es algo distinto del Creador. Algo tan distinto, que no se puede predecir, no se puede deducir de ninguna teoría sobre quién sea Dios. El crear significa precisamente que aquello que surge es algo radicalmente distinto del Creador, y no algo derivado de Dios.

En realidad, el «sujeto» de ese «crear» libre es un término que normalmente traducimos por «Dios», pero que literalmente significa «dioses» (*'Elohim*). Algunos quieren ver en este plural un resto de primitivo

politeísmo. Para otros, se trata de una oscura insinuación de la Trinidad. Pero, en cualquier caso, ese misterioso plural funciona solamente como si fuera singular. En ningún lugar se nos dice «crearon», sino simplemente «creó». La actividad infinita del Creador es una. No hay una multitud de creadores. Solamente hay un *'Elohim*, solamente hay un Dios, porque única es la actividad de crear. El plural solamente indica la multiplicidad, la riqueza y el misterio de esa actividad creadora. Es como si, «al principio», solamente estuviera claro el crear, mientras que el rostro definitivo de ese Creador solamente pudiera revelarse a través de las cosas que crea.

¿Y qué es lo que crea? Lo primero que se nos dice es que *'Elohim* creó «el cielo y la tierra». Se trata de dos términos que quieren abrazar todas las cosas. En el cielo y la tierra están incluidas la luz, los astros, la tierra, los seres vivos... y toda otra criatura. El Creador es creador de todas las cosas. Y las cosas son entonces algo radicalmente distinto del Creador. Los poetas griegos, como Píndaro, tenían otra manera de ver las cosas. Para ellos, dioses y humanos, inmortales y mortales, eran radicalmente distintos, pero todos ellos hijos de una misma madre, la naturaleza. La Escritura no conoce una madre común a dioses y humanos. Más bien el carácter creador de *'Elohim*, y el carácter único de la actividad creadora, establece otro tipo de relaciones y diferencias. Porque todo lo que Dios crea, por más que esté dotado de estabilidad, permanencia, gloria y majestad, no es más que una criatura. La creación no es divina, ni hay en ella personajes, o poderes, que puedan considerarse como divinos. Todas las cosas, todos los poderes, todos los soberanos, son meras criaturas.

Las cosas creadas, por muy «creativas» que puedan ser, no son nunca creadoras. Solamente Dios es creador. Ciertamente, Dios dará a la tierra y a las aguas primordiales la orden de «generar» (*dasha'*) vegetales, de «engendrar» (*shartz*) seres vivos y



de «producir» (*yatsa'*) animales (Gn 1,11.20.24). Pero generar, engendrar y producir no son lo mismo que crear. Todas las actividades productivas de las criaturas no son más que poderes derivados. Son cosas produciendo otras cosas. Criaturas produciendo criaturas, a partir de otras criaturas. Todas estas actividades cuentan con materiales previos, a partir de los cuales se entiende que surjan nuevas cosas. El crear de Dios se mueve en otra dimensión, porque Dios no es cosa, ni es criatura, ni meramente produce a partir de otras criaturas. Esta radical diferencia entre los verbos empleados podría haber ahorrado a muchos fallidos apologistas el establecimiento de cualquier anacrónica competencia entre las Escrituras y la ciencia.

El crear de Dios no solamente acontece «en el principio». De hecho, el principio es principio porque sin criaturas, sin cosas creadas, no hay tiempo. Dios no pertenece al tiempo, ni siquiera al principio del tiempo, sino que es eterno. Ahora bien, una

vez que hay criaturas, y que las criaturas disponen de sus poderes productivos, la creatividad de Dios no se agota. Dios sigue creando. De hecho, Dios es el «Creador» (*bore'*) de Israel, y precisamente por eso es su Rey (Is 43,15). Si se quiere decir esto de una manera gráfica, recordemos la separación de las aguas del Mar de los Juncos. En la mitología de Babilonia, Marduk creaba separando en dos a una diosa primordial, llamada Tiamat, para dar lugar a las «aguas de arriba» y las «aguas de abajo». En el Génesis, esta separación se ha secularizado. Las cosas creadas no son divinas. Las aguas son sólo aguas. Pero la liberación de Israel, y la constitución de un pueblo bajo la soberanía de Dios son algo así como una nueva creación. Sólo Dios lo podía hacer. Dios separa las aguas para abrir las puertas de la libertad. El pueblo de Dios no se basa en ningún poder creado, sino solamente en la autoridad creadora de Dios.

Entre las muchas cosas que Dios crea, hay algo en lo que se expresa de

manera única lo que significa la creación. El salmista, «David», puede pedirle a Dios un singular acto creador: nada menos que la creación de un corazón puro (Sal 51,10). Hay algo en las personas que no pueden cambiar ni las presiones, ni las amenazas, ni los tratamientos, ni las medicinas, ni las terapias. Hay algo en el ser humano que solamente puede ser cambiado si el Creador mismo toca nuestro interior, y lo hace nuevo. La transformación espiritual del ser humano es, de nuevo, un acto creador. Un acto creador que sobrepasa, de hecho, cualquier expectativa que pudo haber tenido el salmista sobre el modo en que Dios cambia los corazones. La novedad radical que caracteriza al Creador aconteció en forma más inesperada. En Cristo, el Creador se hizo criatura. Solamente en él hay esperanza para el corazón, y solamente en Cristo el pueblo de Dios puede ser un pueblo renovado. Si alguien está en Cristo, acontece la nueva creación (2 Co 5,17).

Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (XII)

El compartir produce milagros

José Luis Suárez

En un pequeño pueblo una mujer se llevó una gran sorpresa al ver que llamaba a su puerta un extraño correctamente vestido, que le pedía algo de comer.

—Lo siento —dijo ella—, pero ahora mismo no tengo nada en casa.

—No se preocupe —dijo amablemente el extraño—, tengo una piedra de sopa en mi cartera. Si me permite echarla en una olla de agua hirviendo, yo haría la sopa más exquisita del mundo.

Presa de curiosidad, la mujer consiguió una olla y la puso al fuego. Luego les fue a contar el secreto a sus vecinas, que acudieron enseguida para ver aquel extraño y su sopa de piedra.

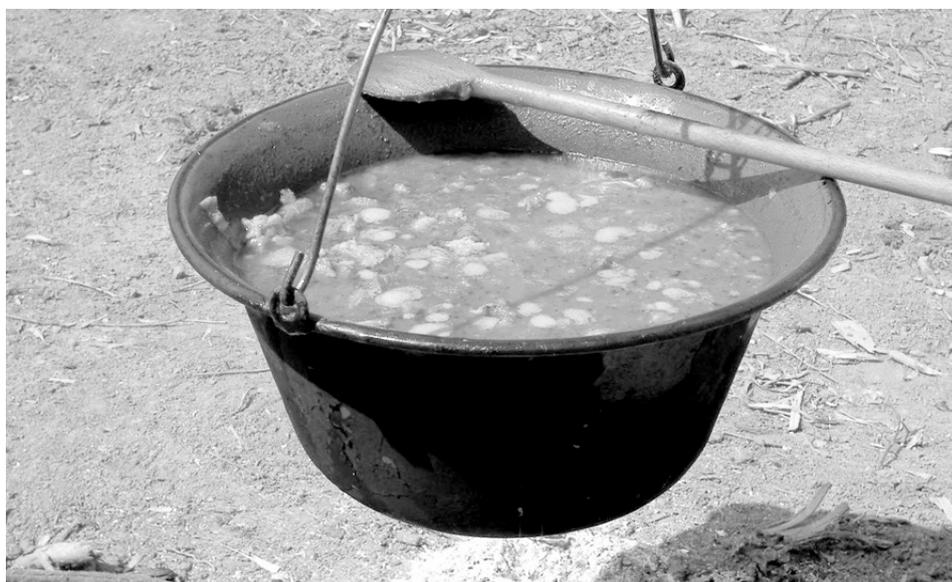
El extraño dejó caer la piedra en el agua, luego probó una cucharada con verdadero deleite y exclamó:

—¡Deliciosa! Lo único que necesitaría es unas cuantas patatas...

—Yo tengo unas cuantas patatas en mi cocina —gritó una mujer—. Y en pocos minutos estaba de regreso

con una gran fuente de patatas peladas que fueron derechas a la sopa.

El extraño volvió a probar el brebaje. Excelente, dijo, y añadió



pensativamente:

—*Si tuviéramos un poco de carne, haríamos un cocido más apetitoso.*

Otra ama de casa salió disparada y regresó con un pedazo de carne que el extraño, tras aceptarlo agradecido, introdujo en el puchero. Cuando volvió a probar el caldo puso los ojos en blanco y dijo:

—*¡Qué sabroso! Si tuviéramos unas cuantas verduras, sería perfecto, absolutamente perfecto...*

Un de las vecinas fue corriendo hasta su casa y volvió con una cesta llena de cebollas y zanahorias. Después de introducir las verduras en el puchero, el extraño probó nuevamente la sopa y dijo:

—*Falta un poco de sal.*

—*Aquí la tiene —dijo la dueña de la casa—, aunque nos faltan platos para todo el mundo.*

Las vecinas se apresuraron a ir a sus casas en busca de platos. Algunos regresaron trayendo incluso pan y frutas. Todos se sentaron a disfrutar de la espléndida comida, mientras el extraño repartía abundantes raciones de su increíble sopa.

Todos se sentían extrañamente felices mientras reían, charlaban y compartían por primera vez su comida juntos. En medio del alborozo, el extraño se escabulló silenciosamente, dejando tras de sí la milagrosa piedra que ellos podrían usar siempre que quisieran hacer la más deliciosa sopa del mundo.

Lo extravagante de esta parábola y sus consecuencias

Esta parábola nos llena de sorpresa y de estupor, hasta nos hace reír, porque el protagonista de esta historia con su manera de pedir ayuda y el efecto que produce rebasa el realismo de cómo se dan las relaciones humanas. La historia es singular y su desarrollo es absolutamente inverosímil o incluso absurdo, ya que no encaja en nuestras maneras de relacionarnos ni de pedir ayuda. Es esto que nos dificulta entender la profundidad de su mensaje, ya que nos parece algo que no suele pasar en la vida y que normalmente no ocurre nunca. Pero esta historia pone de manifiesto que lo

que tendría que ser normal en la vida, el pedir ayuda y ser ayudado, no resulte extraño. Los seres humanos hemos organizado la vida de tal manera que nos resulta extravagante que un desconocido llame a nuestra puerta para pedirnos ayuda y más aún, que ante la negación de la ayuda que nos pide (que resolvemos con una mentira) nos sugiera colaboración para solucionar su necesidad. Es esta propuesta de colaboración del hombre que pide ayuda desencadena toda una serie de acciones que producen la sopa milagrosa.

El mensaje de esta parábola

El mensaje de esta parábola es tan sencillo que hasta nos cuesta asimilarlo, aceptarlo y reconocerlo. Esta historia nos enseña que el compartir produce milagros. La mentalidad de muchas personas es que el milagro es una acción divina y siempre se produce de forma gratuita de parte de Dios y por supuesto sin la participación humana. Es verdad que encontramos relatos en la Biblia y en la vida de tantos hombres y mujeres en el que esto es así, pero al tiempo es también una verdad como un templo, que en la mayor parte de milagros que encontramos en la Biblia, así como en tantos testimonios de hombres y mujeres a lo largo de la historia, observamos la participación humana.

Es evidente que el desenlace final de esta historia no entra en la lógica de lo que debía ocurrir a un hombre que pide algo de comer y que se le niega, por lo que lo extraordinario rompe el orden normal de lo que debía haber ocurrido y esto es un milagro.

Es llamativo en esta historia que el milagro es el resultado de una cooperación múltiple, ya que son diferentes actores los que participan: en primer lugar el hombre que pide ayuda, luego la mujer que de forma sorprendente se apresta a poner la olla en el fuego, para terminar con la colaboración de varias de sus vecinas. El milagro es el resultado de la colaboración de un colectivo humano y no únicamente de una persona.

Esta historia nos muestra cual es el resultado de la cooperación con las palabras: «Todos se sentían extraña-

mente felices mientras reían, charlaban y compartían por primera vez su comida juntos». Este final podemos también entenderlo como un milagro, ya que vecinas de toda la vida por primera vez ríen, charlan, comparten y comen juntas. Y si le ponemos un poco de imaginación es posible que este acontecimiento se convierta en el principio de una comunión fraternal entre estas vecinas.

El creyente puede ver en esta historia también la intervención divina al lograr que unas cuantas mujeres cerradas a la generosidad de sus corazones se abran para dar cabida a la ayuda a una persona con necesidad y cómo los efectos de esta apertura igualmente las beneficia.

Textos bíblicos y frases para la reflexión personal

- Mateo 14,13-21. Multiplicación de los panes y peces.
- 1 Reyes 17,7-17. La tinaja de harina no se acabó...
- *Hay quienes poseen poco y lo dan todo. Estos son los que creen en la vida y en su generosidad; su cofre jamás se verá vacío* (Khalil Gibran).
- *Las grandes oportunidades para ayudar a los demás rara vez aparecen, pero las pequeñas aparecen todos los días* (Salli Kook).

Noticias de nuestras iglesias

Adam Manjón Sanz

Burgos, 16 de febrero — Adam Manjón Sanz (hijo de María y Josué) nació el 16 de Febrero en el Hospital Universitario de Burgos. Pesó 3,350 kg y midió 51cm. «Estamos muy contentos de poder tener un hijo sanote, y felices porque el Señor nos ha cuidado en todo el proceso. Sabemos que seguirá guiándonos e iluminando el camino de Adam» —escribe María.



Andrés y Alina

Burgos, 5 de marzo — Andrés Vallejo Quintanilla y Alina Berezovna contrajeron matrimonio en el local de Comunidades Unidas Anabautistas. Llegaron algunos invitados de Ucrania, de donde es natural Alina, además de familia que reside en España; y una numerosa asistencia de la iglesia de Burgos. Saludamos el nuevo matrimonio, deseándoles toda la bendición del Señor para su vida como familia cristiana.

Retiro de invierno

Pinos Reales (Madrid), 11-13 de marzo — Los pastores y líderes de las iglesias AMyHCE (y misioneros extranjeros que sirven entre nosotros) se reúnen todos los años en el invierno para un retiro. También se procura que estén representados los jóvenes de nuestras iglesias. Inevitablemente, hay que abordar una multitud de asuntos que atañen a nuestra comunión y cooperación, así como la pertenencia de AMyHCE a la comunidad internacional del Congreso Mundial Menonita. Pero también se procura que haya ratos para la convivencia, así como culto y adoración, cánticos, oración, intercesión, y en general edificación espiritual.

En esta ocasión el tema de mayor interés probablemente sea la información que se ha podido adelantar sobre

el próximo Encuentro Menonita Español, que será los días 28 de abril a 1 de mayo de 2017, en un hotel de la costa de Tarragona. El precio rondará los 100 € de pensión completa para el evento. El tema que se desarrollará a lo largo del EME será algo así como

«Ser cristiano en la sociedad actual», o «Anabautistas en un mundo posmoderno».



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

muerte — 1. Final del ser humano como ser biológico y como ser consciente. 2. *Segunda muerte*: en el Apocalipsis, final absoluto de los rebeldes contra Dios, posterior a la resurrección general de toda la humanidad.

El lugar de la muerte en el pensamiento bíblico es bastante dispar y a veces francamente paradójico. Al comenzar el relato de la creación en Génesis, da la impresión que al contrario del resto de los seres biológicos, el ser humano debía ser inmortal. El relato continúa, sin embargo, y «completa» su descripción de la creación del ser humano para incluir el dato de nuestra mortalidad.

Desde luego, la mortalidad es tan esencial para definir lo que es ser auténticamente humano, que si Jesús no hubiera muerto, nadie nos creeríamos que fue de verdad humano.

Como ha explicado Antonio González en alguno de sus escritos, la mortalidad da seriedad eterna a nuestras decisiones fundamentales acerca de la vida y acerca de Dios: con la muerte, desaparece la posibilidad de cambiar de opinión, arrepentirse, enmendar errores. La muerte nos asemeja a Dios, entonces, en que fija por toda la eternidad lo que hemos determinado, así como la voluntad de Dios es de suyo firme por toda la eternidad.

En el Antiguo Testamento habría una especie de concepto de inmortalidad bastante parecido al de la biología moderna: Confiaban en seguir viviendo en su «simiente», es decir, en su descendencia. Se llega a afirmar (en el Nuevo Testamento) que Leví presentó sacrificios a Abimelec porque cuando lo hizo Abrahán su bisabuelo, Leví estaba ya presente en «los lomos» de Abrahán. Hoy en lugar de hablar de «simiente» o «lomos», nos referiríamos al ADN de nuestras células, transmitido de generación en generación por la reproducción biológica. En cualquier caso, con los hebreos como con la ciencia hoy, la muerte es real. Es el punto final a la existencia de cada ser humano como individuo

personal. Sobrevive nuestro ADN, sí, pero nosotros desaparecemos.

Cuando Jesús —como los fariseos y cristianos en tiempos del Nuevo Testamento— habla de resurrección, hay que entender que lo que la hace necesaria es la muerte. Hay por lo menos dos pronunciamientos de Jesús, sin embargo, que parecerían poner esto en duda: Jesús afirma que Dios dijo a Moisés «yo soy» (que no «yo fui») el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, porque Dios es Dios de vivos y no de muertos. En su parábola sobre el rico y el mendigo, por otra parte, Jesús da a entender una existencia consciente después de la muerte (y antes de la resurrección). Jesús es el Maestro, por supuesto, y lo que él dijo es incuestionable. Ahora como las parábolas son expresamente cuentos ficticios, tal vez no deba darse demasiado peso a ésta en cuanto a este particular. En cualquier caso, como Jesús y sus discípulos y apóstoles enseñaron la resurrección, está claro que él entendía la muerte biológica como muerte real.

Pablo enseña la resurrección como un evento, posterior a la muerte, por el que el individuo recupera un cuerpo biológicamente vivo —si bien con otra biología, ahora de «espíritu» y ya no de «alma». Aquí también existe la presuposición de que la muerte biológica es muerte real, terminante y final. Solamente puede invertirse o solucionarse gracias a un nuevo acto soberano del Creador: una nueva creación.

Cuando Pablo da a entender que hay un estadio superior de existencia posterior a la muerte, podría estar afirmando que a pesar de la muerte biológica hay una continuidad de existencia en otros sentidos (no biológicos). Pero esto mismo podría entenderse de igual manera sin negar la rotundidad de la muerte biológica: Desde el punto de vista subjetivo personal, el instante siguiente, a continuación de la muerte, es el instante de la resurrección. Esto explicaría también el «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso» que le dijo Jesús al arrepentido crucificado con él. En efecto pasaríamos, subje-

tivamente, de la vida a la vida sin atravesar el estar muertos (porque no seríamos conscientes del tiempo transcurrido mientras estuvimos muertos). Aunque nuestros seres queridos, ¡Ay!, sí que han estado muy conscientes de ello y han llorado nuestra desaparición.

Queda todavía una «segunda muerte» al cabo del Juicio Final, donde los seres humanos rebeldes serán arrojados a lo que se describe como «un mar de fuego que nunca se apaga», junto con el diablo y sus secuaces —entre ellos la propia muerte. En la opinión de este servidor que escribe, **la muerte de la muerte** viene a indicar que en ese «mar de fuego eterno» lo que tenemos es la desaparición eterna. Es lo contrario a la creación. Es un acto de «descrear» que, por su carácter eterno, viene a ser lo mismo que nunca jamás haber sido creado. Satanás y sus secuaces, los seres humanos rebeldes, y la propia muerte, desaparecerán para siempre del recuerdo del universo y de la mismísima memoria de Dios. A todos los efectos prácticos, nunca han existido y por toda la eternidad nunca habrán existido.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org